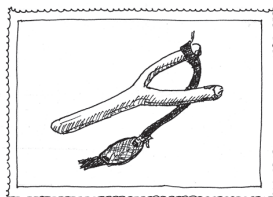


NIÑO PERDIDO



Cuando se perdió, Elí Yamá sabría apenas tres palabras. Conocía su nombre y el de su madre, aunque todo el tiempo andaba a “lechi, lechi”, porque siempre fue mamoncito de marca. Aquella mañana, qué se me va a olvidar, salió a tirarle a los pájaros.

Entonces Chan Santa Cruz todavía conservaba ese nombre. Aquello fue antes de que llegaran los caminos de chapopote, la televisión y las demás novedades. Por eso cuando se presentaron los ingenieros yo fui de los primeros en alistarme como peón de cuadrilla. “A tumbar el bosque y quemar la maleza”, nos ordenaron, al fin que el machete es lo único que uno sabe naturalmente trabajar. Y ya pasaron tres meses. Los ingenieros dicen “limpien todo aquí derecho hasta aquella banderola”, y es cosa de irle dando, golpe a golpe con el machete, a un ritmo suave-cito que aguante la jornada. Después vendrá la máquina grande, ésa que llaman trascavo, para emparejarlo todo. Nosotros somos simples peones de trocha. Hacemos camino donde no lo hay, igual que los *sacheob*, los senderos

blancos de nuestros abuelos mayas. Y mientras podamos platicar junto al fuego, calentar las tortillas y ganar centavos, todo estará bien. Pero hoy estoy contento por haber hallado al pequeño Elí. Mírelo usted. Qué lindura mi hijo.

Aquel día salió a tirarle a los pájaros, igual que sus hermanos. Se metían al bosque, oían los ruidos entre la maleza, el canto precioso del ceniztonle, de la calandria, y acechaban para soltar tremendos tiros de piedra. A veces no mataban nada, a veces sí. Ése era su juego de todos los días: matar.

Aquello fue una desgracia. Si no lo guardaré... Los gritos de Inés María, mi mujer: “¡Elí Yamá! ¡Elí Yamá!”, al no hallar contestación se convirtieron entonces en hervidero de gargantas. Todo Chan Santa Cruz se puso de cabeza aquel día. Luego, cuando la tarde iba pardeando, un vecino comentó: “Ya se nos perdió un hijo de Isaías Yamá”... Ése soy yo, señor. Y como siempre, todo regresó después a lo de antes. Otro niño perdido.

Sí, va a llover, ¿verdad? Pero mírelo usted, ahora tan tranquilo. ¿Qué habrá pensado entonces el pequeño Elí Yamá?

Usted no sabe lo que es el bosque, esa maraña de abrojos, ser tragado por su garganta de hojas podridas. Usted no sabe. Una vez fuimos a matar venado José Yamá y su servidor. Cargábamos nuestras escopetas... ¿José Yamá? Mi hermano, señor. Y no, no crea eso que dijeron de que nos perdimos por borrachos. Nos extraviamos porque la selva no tiene piedras, no tiene ríos, no tiene señales. Todo es lo mismo, verdor y pantano, verdor y sombras. Usted dice: “Este amate es el que pasamos al salir”, pero no. Us-

ted no volverá a mirar dos veces el mismo árbol porque allí todo es maleza y fango, como le digo. Y el jején, que ataca de a nubes y no hay modo de huirle hasta que alguno prende un cigarro para espantarlos. De repente sí, oye usted un rugido y sabe que el tigrillo anda por ahí cerca. Dos noches y tres días anduvimos perdidos José Yamá y yo; a vuelta y vuelta bajo los guayacanes y las caobas, hasta que él me dice: “Oye Isaías, hay que hacer una cosa; las primeras tres horas mañana lo perseguimos al sol, las tres últimas la vamos pisando a nuestra sombra”. Y así fuimos saliendo del bosque. Llegamos al camino que lleva a Peto. ¡Nombre, la guarapeta que agarramos esa noche! Mi hermano José Yamá a grite y grite: “¡Por la puerta del sol, Isaías! ¡Por la puerta del sol!”. Se lo digo, nos acabamos dos botellas de aguardiente y disparábamos las escopetas a las estrellas. Yo creo que eso fue lo que hizo éste, mi cariñoso Elí Yamá: seguir al sol.

¿Pero qué habrá hecho al principio? Habrá estado correteando algún pájaro herido. A sus años, el tiro de su horqueta es sorprendente. De admirarse la puntería con que revienta lagartijas y tumba una golondrina al vuelo. Entonces el pequeño Elí Yamá le habrá dado alcance por fin al pájaro. Con aquella presa en sus manos, agonizando tras el golpe de piedra, habrá dicho: “Se lo voy a mostrar a Juan Yamá”, que es su hermano, y habrá equivocado el camino por la emoción. Nunca debió haber salido solo. Después de una hora Elí Yamá se habrá dado cuenta. Estaba perdido. ¿Habrá llorado? ¿Habrá gritado: “¡Mamá, mamá, mamá!”? Creo yo que sí. Es muy apegado a su madre. Y mientras esta Inés María corre y se arranca

los cabellos por los barrios todos de Chan Santa Cruz, el pequeño Elí se habrá tendido en la hojarasca, cansado como un colibrí al anochecer. Habrá dormido un rato. Habrá despertado con la última luz de la tarde. Habrá hallado uvas silvestres que amargan el paladar. Habrá bebido agua de cualquier charco. Habrá comido del árbol de chicozapote. Se habrá cansado de llorar. De pronto la noche lo habrá sorprendido con su hamaca de luna y silencio. Terrible esa primera oscuridad sin velas, el pequeño Elí Yamá temblando en espera de una voz, tratando de oír los ruidos, los gritos tal vez y los cazuelazos de las cuadrillas que formamos para buscarlo. Tres días peinamos el bosque alrededor del pueblo. Pero al tercer día, desconsolados, regresamos a nuestras labores de siempre porque eso es lo que dura el rescate de un niño perdido: tres días, no más.

El segundo y el tercer día, ¿qué habrá pensado el pequeño Elí Yamá? Se le habrá acabado el miedo. Habrá vuelto a purgarse con uvas silvestres. Habrá encontrado un hueco lleno de agua y gusanos en la raíz de un pochote. Ya sin la sed, ¿habrá imaginado nuestra angustia, nuestro dolor de lágrimas y rabia? ¿Habrá escuchado el llanto de su madre Inés María, el llanto mío, el llanto de sus hermanos? Creo yo que no, porque el pequeño Elí Yamá habrá tenido más hambre de recuerdos; entonces, por fortuna y quién sabe porqué, habrán resonado en sus oídos las palabras de José Yamá, su tío, durante aquella borrachera buscando al venado: “¡Por la puerta del sol! ¡Por la puerta del sol!”. Y sí, entonces habrá comenzado a buscar ese rumbo.

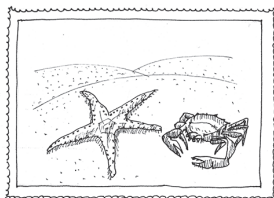
Por eso estoy contento hoy que lo hallamos. Mi pequeño Elí Yamá, imaginando que lo perseguían los perros silvestres del bosque, huyendo de las serpientes con esas sus piernitas. Véalo usted, ¿no es una lindura?

Quién sabe. Será que habrá entrado el huracán ocultando con su manto de nubes el Sur, el Norte y lo de en medio; será que la puerta del sol es cualquiera en lo que dura su recorrido por el horizonte. Será por eso. Pero estoy contento desde la mañana cuando escuchamos al peón de avanzada que gritaba: “¡Otro niño perdido!”, porque la semana pasada hallamos uno distinto.

Y aquí junto a la playa, viendo las gaviotas y aquellos cangrejos morados del manglar, ¿qué habrá imaginado el pequeño Elí Yamá? ¿Me habrá soñado? ¿Se habrá repetido las palabras de su tío: “¡Por la puerta del sol!”? Creo yo que sí. Aquí como lo ve, sentado a la sombra de la ceiba, se habrá tumbado a descansar luego de tantos días de andar sin norte y rompiéndose los pies. Habrá sido arrullado por el rumor de aquellas olas donde los demás peones se están bañando. Se habrá preguntado: “Diosito Santo, ¿dónde está la gente?”. Habrá gritado: “¡Lechi, lechi! ¡Tengo hambre!”. Habrá recordado a su perro, el de pelo de estopa que murió de viejo la noche del 3 de mayo ladrando como loco ante el cueterío que llenó de bengalas el cielo de Chan Santa Cruz porque hoy el pequeño Elí Yamá tendría, no sé, ¿ocho años?, luego que salió aquel día a tirarle a los pájaros. Y véalo tan tranquilo aquí, como mirando el mar de jade porque ésa que lleva al cuello es la horqueta que yo labré con la rama de un naranjo. Madera maciza, sí señor. Por eso estoy contento hoy que los peones de

trocha terminamos de abrir la vereda que marcaron los ingenieros para la carretera de la costa. Soy dichoso porque por fin hallé al pequeño Elí Yamá, sus ojos comidos por las hormigas, sus manos, esos huesitos enlazados, su boca descarnada como esperando esta lluvia que llegó a refrescarnos. Cuando sabía tres palabras, aquella tarde, ¿qué habrá pensado al encontrarse aquí con el mar?

COCO-FIZZ



De modo que eso era el mar. Sintió la fresca humedad lamando sus pies y recordó la voz de sus primos: “Vimos un tiburón muerto”. El agua escurriendo le cosquilleaba los tobillos y lamentó no saber nadar. Alzó la vista y observó aquel trémulo continente. Olfateó la brisa. Sus primos se burlarían de él: “Dice Poncho que el mar huele a panadería”.

La resaca fluyendo contra sus talones desenterró una concha que permanecía oculta en la frontera de su propia sombra. Se acuclilló, atrapó la valva y la contempló largamente. Era de color gris iridiscente. “¿Los tiburones comerán almejas?”. Sintió sed. Entonces supo que allá, bajo la rompiente, los tiburones lo estaban esperando.

Decidió volver con su padre. Le regalaría la concha gris. Avanzó por la quemante arena hasta alcanzar la sombra de la palapa.

—Oye papá —lo distrajo de la lectura de un diario deportivo—, ¿hay muchos tiburones en el mar?

—Yo qué sé —refunfuñó el hombre sin mirarlo—, pero no se te vaya a ocurrir meterte sin mi permiso.

Tres horas de autobús lo tenían más que fastidiado. Estuvo de pie la mitad del trayecto, mientras el pequeño dormía hecho un ovillo en el único asiento vacío que alcanzaron. “Lleva a tu hijo a la playa, Alfonso. Todos los días se aburre mirando las azoteas desde la ventana”. La mujer tenía razón. Había que llevar al niño al mar.

—Papá —insistió apretando la concha dentro del puño—, ¿puedo ir a ver a los muchachos que están jugando allá?

El padre bajó el periódico. Adivinó la distancia hasta el extremo aquél de la playa. Dijo tumbado sobre la arena:

—Ve, pues..., pero no se te vaya a ocurrir meterte al agua.

—Qué —sonrió desafiante—, ¿hay muchos tiburones?

Eso le habían contado sus primos: “Al tiburón le sacaron de la panza un gato muerto”.

—Papá... —insistió ante el gruñido incierto de su padre. Era terrible la derrota de Mantequilla Nápoles en el cuadrilátero, terrible por los cien pesos apostados al púgil cubano—. ¿Los tiburones pueden comer gatos?

El hombre soltó la carcajada.

—¡Quién te dijo semejante tarugada, muchacho!

El niño cruzó los brazos tras la espalda.

—Quiero un coco —dijo al enterrar la punta de un pie en la arena.

Eso le habían dicho sus primos: “Nos compraron dos cocos a cada uno”, “los sirven con popotes y hielo”, “te puedes comer después la pulpa”.

—¿Tienes sed? —preguntó el hombre, y sin abandonar la lectura de la crónica boxística, recordó—: Ahí está la cantimplora con el agua de limón. Búscala dentro del morral.

Apretó nuevamente la concha gris en su puño izquierdo. Se volvió hacia el oleaje.

—Al rato vengo —se despidió sin más.

Los muchachos golpeaban el balón con las manos extendidas, rodaban sobre la arena, saltaban jubilosos al lograr un tanto, gritaban palabras prohibidas. Habían tendido la red entre los troncos de dos palmeras. El niño advirtió el ardor solar en sus hombros. Volvió a sentir sed. Recordó el puestecillo de hojas de palma donde un viejo macheteaba cocos y vendía pescados asados al humo. Entonces el balón pasó zumbando junto a su oreja y los muchachos celebraron el lance: “¡Chamaco baboso! ¡Te dejamos sin cabeza!”.

Aquellos adolescentes se parecían a sus primos, pensó al incorporarse. Decidió ir por un trago de agua de limón. Quizá probar uno de los tamales que su madre les había envuelto en la madrugada. “Vete tú con el niño, Alfonso, yo me quedo con la bebida. Sirve que gastas menos”, había dicho ella la víspera. ¡Por fin miraría el mar! Nadaría hasta una isla de arena blanca, descubriría siete ballenas lanzando chorros de vapor —igual que en el libro escolar—, abordaría un barco de guerra, pescaría dos peces vela... como sus primos cuando fueron a Acapulco.

El hombre estaba dormido. Había rodado en la sombra de la palapa y —sábado al fin— descansaba sobre las páginas revueltas del periódico. El niño alcanzó la cantimplora en silencio, dio un primer trago pero el líquido

se había entibiado. Y entonces, al mirar el pantalón de su padre, imaginó cuando más tarde relataría: “Me compraron un coco”, porque en el bolsillo asomaba un billete.

—Quiero un coco —dijo el niño.

El hombre, sin embargo, no se inmutó. La playa era como una extensión de su cama. Conservaba el cuerpo ladeado, una rodilla flexionada, el brazo derecho largado como si compartiera el sueño.

—¿Puedo comprar un coco? —insistió al soltar la cantimplora en el morral—. Si me compras un coco te regalo la conchita que encontré en la playa —insistió al enterrar las puntas de los pies en la fresca arena.

Se había cubierto los hombros con la toalla que pendía de uno de los travesaños de la palapa. El sol a plomo no le mordería más la espalda, pensó al pedir:

—Un coco, por favor.

El viejo dirigió la vista al niño, descubrió el billete:

—Un coco, cómo.

Intimidado por esa mirada escrutadora, el niño se defendió:

—... me lo pidió mi papá.

—Será entonces un *coco-fizz*, ¿verdad?

El niño asintió sin decir palabra. Vio alzarse la hoja del machete, oyó el silbido del acero en el aire, sintió en las plantas el tumbo de cada corte. Todo eso lo emocionaba.

—¿Le va a poner popotes? —preguntó con cierta fascinación.

—Claro, niño —el viejo preparaba aquello al otro lado del mostrador—. Popotes, hielo y babachivo. ¿Un chorrito de limón?

—Yo creo que sí —admitió el niño al contemplar esa calabaza marinera.

Recibir el coco entre sus manos fue como sostener un trofeo de fábula. Pesaba igual que una cabeza de tigre, imaginó, cuando la voz lo distrajo:

—Espera, chamaco. ¿No se te olvida algo?

Se enderezó con temor. Revisó la toalla anudada sobre su tórax, los pantaloncitos recortados, pero el viejo ya le extendía aquellos billetes apelotonados.

—¡El cambio! —adivinó con alivio.

Trasponía el umbral del tendajón cuando algo lo detuvo. Retrocedió y enfrentó al tendero. Le plantearía la cuestión.

—Oiga, señor... —se animó por fin—. Le quería preguntar... ¿hay muchos tiburones por aquí?

El viejo sonrió. Aquel niño le resultaba simpático. Dejó la botella de aguardiente bajo el mostrador.

—¿Tiburones por aquí? No, no muchos... pero mar adentro sí. Y grandes.

Le devolvió una mueca de fastidio. ¿Le quería tomar el pelo?

—Más tarde llegan los tiburoneros con los escualos muertos a gancho y arpón... Ya los verás en sus lanchotas. Los filetean para salarlos al sol. Bacalao oaxaqueño —rio el viejo, pero el niño se fue imperturbable con su coco.

Avanzó por la playa hasta alcanzar el pie de una palmera. Se depositó en la estrella de sombra. Supuso, por lo que decían sus primos, que aquello sabría a leche, a horchata sin azúcar. Dio un sorbo y aquello le resultó más que dulzón.

Sorbió y sorbió y en dos minutos ya trataba de arrancar aquella pulpa blanquecina.

—*Coco-fizz* —pronunció con la alegría del mar la primera vez.

Sin saber por qué se sintió de pronto feliz, torpe y feliz, pues se había herido los dedos en la embocadura de aquel obstinado fruto. Alzó la vista y descubrió, en la copa de la palmera, un racimo de cocos semejantes. Decidió trepar y cortar dos. Eso lo había visto en la televisión, aunque el programa no advirtió nunca sobre la dificultad de mantener las manos sujetas al tronco y los pies adheridos en esa corteza que lastimaba. Rodó y cayó varias veces, hasta que se irguió risueño para gritar: “¡Serás tarugo, Poncho Llorente!”, y se confortó como nunca, pues como nunca se había nombrado con aquel regocijo marinero, y si él era Poncho Llorente, ¿por qué no podía volar como aquellos pelícanos que aleteaban rasantes sobre la superficie del mar? ¿Por qué no? Y ahí corría aleteando por la playa el niño-pelícano Llorente (ya les contaría a sus primos), hasta que tropezó y volvió a rodar. “Claro, los pelícanos no servimos para andar como tontos quemándonos las patitas en la arena”, se quejó, y fue hasta donde los muchachos completaban el último encuentro de voleibol. Apenas irrumpió bajo la red, los muchachos comenzaron a increparlo, pero soltaron la carcajada cuando lo vieron orinar ahí sin más. “La pipí que se vaya al mar”, se disculpaba sonriendo, feliz de ser un pelícano listo para reemprender el vuelo.

Dio una y varias maromas. Se cubrió las piernas de arena fangosa. Ladró, aulló a la luna ausente. Comenzó a cantar a gritos el Himno a la Bandera y bailó con el

viento el Vals de los Pelícanos Relajientos, porque él era un pelícano dichoso y su hermanita una pelícana que ensuciaba los pañales. Esa idea le provocó un ataque de risa que lo dejó sin aliento... “¡Una pelícana con pañales!”. Pero había que reemprender el vuelo, es decir la carrera y las maromas en la playa a pesar de que la gente lo miraba como bicho raro tropezando a cada paso en ese paraíso de cocos y música... Y el pelícano ya se cansó, va a vomitar, a descansar un momento al pie de la palmera después de tantas machincuepas.

Despertó cuando la sombra abandonaba el sitio y el esplendor solar le caía de golpe en mitad del rostro. Se irguió y sintió que la cabeza le pulsaba como hervor de lentejas. Se levantó con torpeza y sacudió la arena adherida a sus piernas. Miró la toalla untada a su tórax como un sudario de mugre y vómito. Sintió una sed tremenda y la jaqueca percutiendo dentro de sus ojos. ¡Cómo le dolían los ojos!

Entonces a lo lejos, en la orilla del mar, observó a un grupo de personas que se arremolinaba como hormiguero alrededor de una barca.

—¡Los tiburoneros! —adivinó con regocijo, y echó a correr a tropiezos.

¡Vería por fin un tiburón! Se lo contaría a sus primos, les diría que miró a unos muchachos jugando voleibol, que bebió agua de coco y que...

—¡El cambio! —gritó al llegar al gentío alrededor de la barca. Sus bolsillos eran dos sacos apelmazados. Había perdido el dinero.

El niño comenzó a llorar. Imaginaba el horrible regaño, los cintarazos otra vez. Cómo explicarle. Se adentró